Viaje a Rosario 1.

Llegué a Rosario dejándome convencer de bajarme antes de arribar a destino.
Me persuadieron dos mujeres desconocidas, que me invitaron a una feria del libro autogestiva, en el tren que iba Jujuy. “Te bajaste por las minas” me dice una riendo, me mira mientras yo cargo en mi espalda una mochila gigante y un bolso que equivale a tres valijas que llevan casi todo lo que me quería llevar, viajero sin experiencia, y también una depresión gigante que empieza a sanar, un corazón seco, la curiosidad y la esperanza, ese gran hechizo.
Este viaje empezó antes. Empezó frente a un pequeño espejo que me devolvía mi cara y dos palabras, arriba y adelante. Empezó en esa fiesta en la que una compañera se reía de mis zapatos y un boludo me miraba desaprobándome. Empezó entre puchos y un techo roto del cual me caí, puteando en el baño, o en un Cyber leyendo un e-mail de Natalia en el cual me informaba que ya no.
Recién llegado a Rosario, dejé mi casa-mochila en un rincón del edificio donde se está realizando la FLIA, una feria del libro hermosa donde se intercambia de todo menos plata.
No conozco a nadie, ni al lugar, ni a mí en éstas circunstancias.

En la FLIA charlo con la Polen, chilena que hacía parches, con una mujer de la editorial Sudestada que no me agarra en buen momento, con muchos y muchas jóvenes. En la FLIA vi a Max Cachimba hacer un sketch absurdo, de lo mejor que vi en mi vida. Un poeta, Joshua, hace una arenga efusiva y hermosa sobre su sexualidad. Al final de esa jornada, vamos a una fiesta en una editorial.
Habrá buena fortuna. La fortuna se me presenta en la persona de una piba cuyo nombre no recuerdo, que tocaba el violín y trabajaba en bici, que me deja parar en su casa unos días y me da una llave, así sin más y unos días después Ezequiel, que me prestó su casa como quien presta una campera. (Yo era pibe, era lumpen, estaba sin un mango. Ezequiel, perdoná por toda la molestia). En lo de Ezequiel me quedé algunas semanas. Me fui al otro día de haberme fogueado en un semáforo. Me despojé de todas mis pertenencias que había llevado: libros, CD's, un cenicero ¿Para qué? una guitarra. Y tanta ropa.
Antes de eso, caminaba desde lo de Ezequiel al centro casi todos los días, a buscar algo.
Eran casi 9 kilómetros de ida y 9 de vuelta, de pura aventura diurna. Conocí la vergüenza de estar desubicado, el miedo de estar sólo. Pero quién no conoce.

Conocí la solidaridad de los marginales. Cuando uno tiene hambre y no tiene trabajo, trata de conseguir comida de alguna forma. Me había gastado el poco dinero que llevé y había perdido el favor del destino que me había estado regalando plata, en cantidades decrecientes, hasta que el último billete de 5 pesos era una advertencia de lo por venir. Una tarde, me encontraba revisando un container por comida. Siento que atrás mío se detiene una bicicleta, cuya conductora me habla: una mujer trans, triste y humilde, me pregunta si necesito algo y me invita a comer a su casa. Rechazo la invitación, por miedo, por prejuicio, por idiota. Nunca pude agradecerle como se merecía. Bertold Bretch dijo: "Hambriento ¿Quién te dará de comer? Los hambrientos te darán de comer". Las travas, lxs trans, lxs cuidacoches. Lxs crotxs. Esos seres te darán de comer. Y si pueden, te van a convidar vino tinto.

Los días previos al Día que aprendí a hacer plata no me los acuerdo mucho, sólo me acuerdo del día anterior: cuando conocí a Luminoso. Luminoso era misionero, rubio, flaco y pausado. No se animaba a llamar a su mamá. Se había ido de su casa hacía unos meses, esquivando la pobreza de Misiones para ir a aterrizar a la violencia de Rosario. Me preguntó qué andaba haciendo, me llevó a un

semáforo y nos dieron monedas. Uno de los autos le dio dos pastillas de menta, de las tictac. Luminoso me las mostró, me pasó una y me dijo: “Esto, esto es comida”.
Pero la comida vino después. Luminoso me acompañó, me llevó, fue mi Virgilio para entrar al mundo de los crotos y las crotas. Estaban el Canalla, Luisito, el Pata y la Vito, alguno más, el pibe Swift creo. Empezaron a mostrar sus tesoros, algo de queso, recortes de pan, un montón de pollo. Alguien trajo una lata de tomate de las grandes que usó como cacerola y se puso a cocinar. El Guernica, uno de los cuidacoches, nos miraba. Comimos pollo con queso derretido, de calidad gourmet. Tomamos vino. Fue, en suma, un momento feliz. Es curioso como percibimos la felicidad o la angustia a lo largo de nuestra vida. Un poco de comida compartida, servida en platos improvisados o fondos de botellas de gaseosa cortadas, los sarcasmos, los chistes y el miedo en la semioscuridad de la estación Rosario Central fueron elementos de una de las noches más bellas y misteriosas que he vivido. La felicidad acecha en cualquier esquina, entre las ramas de un gomero y quién sabe dónde más.
El Canalla me aguantó el colectivo y volví a dormir, por última vez, a lo de Ezequiel.
2.

El Manolo, amigo como pocos, era un niño en un cuerpo de adulto con una coordinación para el malabar impresionante. Lo he visto hacer malabares con 6 discos plásticos por distracción. El Manolo me ayudó a sobrevivir. Yo de tirar pelotitas, nada: de arte callejero sólo sabía hacer unas pocas acrobacias y alguito de swing. Fue tomar unas birras con Manolo y Luisito y ponernos a hacer acrobacias: Manolo se subía a mis hombros, de pie, y así parado en esa acrobacia llamada “Doble altura” él hacía malabares con tres clavas. Llovían las monedas.
Con el Manolo y Luisito íbamos al mismo semáforo, en Roca y Wheelwright. Era hermoso ver a Luisito, un tipo inteligente o astuto, escabiarse un poco y cansarse de hacer su rutina de pelotitas. Cuando se cansaba, la estrategia de negocios era más simple. Le golpeaba la ventana a algún auto o si la tenía abierta, le empezaba a hablar al conductor. De cualquier cosa. Hilaba las palabras como un relator de fútbol. Académico, elegante, insoportable. El fin de éste modus operandi del mangueo era simple: le pagaban para que no hable más. Y cómo. Tenía la cara de roca, según sus propias palabras. Era el hombre más triste que conocí: los ojos ausentes detrás de una sonrisa gigante y también ausente. En ese semáforo paraba Baglietto, aunque

homónimo del cantautor de la trova rosarina y dueño de talento musical para el canto, nuestro Baglietto había aspirado a una ascética vida de limpiador de vidrios de autos, a cuyos conductores deleitaba con canciones de Pappo o amenazas ininteligibles.
A mí me decía “el chabón” y a Manolo lo apodaba “ñandú” cariñosamente.
Manolo fue mi amigo. Mi hermano. Digo fue porque hace años que no lo veo ni consigo comunicarme por ningún lado, aunque me haya esmerado en buscarlo por la red de redes. Era un tipo gigante, divertido, de un despojo absoluto. Andaba descalzo por inocencia nomás. Nunca hablamos mucho de su familia, salvo su abuela que vivía en Mar del Plata. Quizás que ambos fuésemos oriundos de la misma ciudad nos acercó, empezamos a patear juntos. Teníamos largas charlas. A diferencia, dios me perdone, de los otros crotos y crotas, el Manolo no era tan vicioso. Desayunábamos yogur y frutigran. Los otros desayunaban poxi-ran o faso. Si querían ser más saludables, una cerveza.
Un día íbamos caminando y Manolo quiso saludar a una galera de crotos que merodeaban por otra plaza. Al saludo de Manolo uno de ellos, el vocero digamos, hostilmente nos dijo que no, no, no hay buena onda con ustedes, con vos, le dice a Manolo.

Creyendo que era un chiste éste indaga el porqué,
Porque sos un malabarista cheto, fue la respuesta.
La carcajada de Manolo fue tan explosiva que nos fuimos riendo los dos, sin contestar. Imaginate, me decía, cheto yo que duermo en la calle.
Siempre me sorprendió ése oxímoron. Cómo tendría que estar el tipo para separar en clases sociales a lxs crotxs. A esas perplejidades filosóficas y psicológicas nos somete este sistema de indiferencia.
No hay lugar para todos y todas, simplemente hay algunos rincones del mundo para habitar sin ser comido, la libertad de elegir desaparece a la primer diferencia en las oportunidades.

3.

Los días pasaron cargados de rutinas, aventuras y aprendizaje.
Hoy me pregunté para qué estoy escribiendo esto. Y la respuesta es: para no olvidar. Para no olvidar por dónde anduve, para no olvidar lo que aprendí. Para recordarme lo lindo de no tener prejuicios. Como la noche que el Canalla me pidió que lo ayude a hacer una consulta al pequeño I Ching con el que yo andaba. Estupefactos, borrachos de misterio ante ese dios impreso que respondía claramente a las dudas y miedos. Así nos recuerdo bajo un farol

naranja. O la noche que Manolo observaba el río y me relataba toda la belleza que encontraba en el Paraná, desde las estrellas a las luces de La Florida, el calor y las palmeras.
Para no olvidarme del policía que, insultándonos, amenazándonos, nos afanó un poco de porro y los liyos desde un caballo y se lo fumó.
Para no olvidarme de la poetisa de Venado Tuerto, que me dio su cariño, de cuya casa me fui caminando a Rosario.
Escribo para no olvidarme de la tarde que se vino una tormenta repentina. ¿Dónde se pueden esconder dos crotos, del agua y el granizo? Nos guarecimos en el baño destruido de un estacionamiento de la calle Roca, pero Baglietto nos invitó a su casa. A comer, a dormir, a secarnos. Su casa, una pensión decorada con posters de Pappo y humildes tallados de madera. Una foto del Che, por supuesto.
Para no olvidarme de agradecer mi ranchito de hoy, ya que tuve miedo al dormirme a la intemperie urbana, ya que tuve que caminar siete cuadras para hacer mis necesidades o, para decirlo sin eufemismos, para cagar todas las mañanas; ya que tuve que bañarme en la turbiedad del río Paraná y quedarme algunas horas mirando la ropa que había lavado hasta que se seque. De éstas incomodidades

no culpo a nadie: eran parte de estar en ésa situación. Sólo quiero recordar para valorar.
Para recordar el semáforo de Oroño y el río, al pibe Swift que aprendió a no decirle guarangadas a las mujeres una vez que hablamos, al Propio que con su vodka en botella de esprait revivía como un fénix entre los ligustrines y a Charlie Bustos con su marioneta Wilson, crotos históricos de la élite vagabunda de Rosario.
Para recordar a Alfonsina, elegante y bella, que me invitó a comer y a dormir una noche que se me hizo tarde en la que compartimos café y confidencias.
Para recordar al Mana, que me cobijó en su departamento con almohadones en el piso, buena gente y buena comida las noches previas a emprender la vuelta.
Nunca olvides a quien te ofreció su mano, su alma: sobre todo porque es lo único que tenemos.

4.

Rosario está envuelta en una mitología compleja, dónde conviven anarquistas y música, Lola Mora, Olmedo, una epidemia de lepra y un idioma propio. De dicho lenguaje arcaico conocido como *rosarigasino* no supe más que los rudimentos, no

pude retener la fórmula criptográfica que transforma una simple palabra en su propio enigma y su respuesta. De los mitos que recuerdo, contados en voces cercanas al susurro, entre dudosos hippies y rockeros vendedores de alpargatas, recuerdo La Leyenda de la Vaca.
Para quien no conoce Rosario, es necesario que sepa que, frente a las costas del río Paraná, hay varias islas, algunas deshabitadas, otras explotadas ilegalmente para pasturas, y otras agrestes e indómitas entre la penumbra de sus jacarandaes.
Resulta que una vez, en un matadero de la costanera, hubo una revuelta. Pero no de empleados, sino de una vaca, resuelta a no ser achurada y posteriormente, comida.
Ésta vaca logró zafarse de los ganchos y los dedos de sus captores, salió corriendo, tiró en su huida la manga y unos palos que contenían al ganado y en un acto de arrojo, de insolencia, acaso embriagada de libertad y locura, se lanzó al río.
Las vacas son grandes nadadoras, pero que una vaca cruce el río Paraná después de una lucha titánica y logre cruzar a las islas, es una hazaña a celebrar. Meses, años, siglos más tarde aún se divisa entre los yuyos la silueta de ésta shorthorn liberta. Nunca esperes que tu captor o tu opresor afloje las cadenas: Luchá y arrojate al río, que del

otro lado te espera la libertad o la muerte, pero nunca una parrilla.
De otro milagro del que también guardo recuerdo, pero no ya de un relato sino de haberlo presenciado con mis propios ojos, es cuando el Mana puso en práctica algo de lo más complejo y sagrado, prácticamente la base del Tao Te Ching: el no-hacer. Relato los hechos.
Se acercaba el verano y el calor se sentía. La mayoría de los estudiantes del interior se habían retirado a sus pueblos, y la ciudad solitaria se secaba bajo el sol.
En esas horas de calor inmenso, los semáforos no son laborables y los crotos buscan el solaz de un parque o un fernet. Esa mañana decidimos ir al río. Habíamos descubierto hacía rato una bajada, que desembocaba a una pequeña playa de barro que la usábamos para ir a bañarnos o fumar cuete. La orilla era estrecha, nos cercaba un pequeño acantilado, y al frente de éstas playas terrosas habían unas especies de plataformas, muelles abandonados: no sé que serían. Pero eran como unas bases de cemento de 5 metros de lado, cuya explanada estaría a unos 8 o 10 metros de la superficie del agua y sobre ellos no había, por supuesto, ni vegetación o tierra.
Lo contrario a un oasis.

Habíamos logrado subir a uno de esos páramos artificiales. Tratamos de “pescar” usando unas latas y caracoles como carnadas. Empezaba a escasear la bebida y era hora de refrescarse. Estábamos en silencio, dejándonos quemar, sentados, vencidos. Esa quietud fue interrumpida por el Mana, quien dijo: “Ya vengo” y casi al mismo tiempo, saltó al río.
No puedo expresar la impresión que sentimos al verlo desaparecer.
Al rato volvió. Era un héroe y un loco. ¿Cómo hiciste? Preguntábamos.
“Apagué el cerebro: No hay que pensar” fue la sentencia. Lo intentamos en vano. Nos acercábamos al borde y reculábamos, nos congelaba el miedo. Y de repente lo sentí. El Mana me tocó el hombro creo, lo miré a los ojos creo y sus ojos me indicaron que era el momento. El espíritu del Mana me transmitió el saber del no hacer, acaso por telepatía o simple bendición. Corriendo pero viviéndolo en cámara lenta, me acerqué al borde. Todo se detuvo: Las nubes, la corriente del mismo Paraná, los planetas en sus órbitas. Mi mente se detuvo. Cuando reanudó toda la actividad y el tiempo retomó su camino sin pausa hacia la entropía, yo ya estaba sumergiéndome en el agua,

de cabeza. Retorné al estado consciente a metros de la orilla, pataleando y boqueando.

5.

La mayoría de las crotas y los crotos son gente con cultura, con alguna habilidad o alguna inteligencia desarrollada. Tal era el caso del Guernica, por ejemplo, cuidacoches conocedor del inglés al punto de traducir al vuelo canciones de Cypress Hill. O Luisito, con conocimientos matemáticos y de física que le permitían calcular el trayecto de una pelotita de goma con precisión, o Manolo, con sus grandes habilidades malabarísticas. Y hablando de cultura, me acuerdo de un acercamiento cultural extraño. Erraba por las calles de Rosario una persona que, ante los ojos de un incauto, parecía un loco. Un hombre negro, atlético, de ojos profundos. Andaba en un jean en harapos, con el culo al aire. Una tarde de la rutinaria indolencia debida al calor, estaban el Pata y la Vito durmiendo una siesta, cuando éste tipo se acerca a ellos, que dormían y empieza a observarlos, silenciosamente.
Cuando nos dimos cuenta, estaba a escasos metros, pero la Vito ya había despertado y le trataba de hablar. El tipo no entendía, no podía entender el idioma, a lo que nos acercamos como para que vea que éramos varios.

En una de esas me acuerdo del novio de una conocida, que era de Senegal y hablaba francés. Yo que picoteo frases de acá y de allá, le pregunto qué quiere en un francés amateur. Me miró con entendible rencor colonial y por primera vez lo escuchamos: “Francés no”. Prosigo en inglés y ahí se agarra los restos de ropa que le colgaban y me dice “Yo no visto así”. E inmediatamente después, de un sólo salto, trepa el muro que coronaba el terraplén a un par de metros sobre nosotros y no lo vimos más. Me acuerdo que cuando cayó del otro lado del muro, salió volando una bandada de pájaros ¿Serían él? Con algunos relatos del Guernica, fuimos reconstruyendo la historia. Polizón o refugiado, éste muchacho de tierra adentro, conocedor de soledad y fauna remotas, había llegado a Rosario en un barco, había intentado en vano comunicarse, volver a su pueblo, hacer dinero y vestir ropas ajenas hasta que la realidad inconcebible directamente lo cansó. Es por ésto que comprendo su decisión de volverse una bandada de golondrinas.

6.

Antes de irme de Rosario a Mar del Plata, donde vivía previo al viaje, era mi destino vivir una noche que me acompaña en el recuerdo y en la piel.

Pasó así. Estábamos en nuestro hogar, la estación Rosario Central. Es necesario contar un detalle mundano, ya que La Teoría del Caos plantea básicamente que cualquier acción puede devenir en un efecto impredecible y mayúsculo. Sería de una arrogancia extrema pensar que un simple croto ha dilucidado las causas y efectos de la compleja interrelación de las energías, objetos y hechos del universo.
De todas maneras, un hecho mínimo, una simple discusión, desató el caos en esa noche. Resulta que la Vito y el Pata eran una pareja feliz, pero cada persona tiene una historia y la historia de Vito, la valkyria de la calle, incluía haber tenido una relación amorosa con el Mana. El Mana, nuestro mesías del Tao, nuestro protector acaso, también tropezó con la debilidad de la carne y los celos. Es así que bajo la influencia del acostumbrado alcohol y el humo de la noche, Mana y Pata empezaron a discutir vaya a saber de qué, y sin mediar muchas palabras, empezaron a pelear. Es difícil relatar un momento que no se ajusta a un flujo temporal cotidiano. Mientras se ejecutaba esa contienda había un contexto cercano: Luisito invocando arcaicas leyes de masculinidad tóxica que plantean que hay que dejar pelear a los mancebos hasta que uno resulte vencedor, que contrastaba con el ánimo

general de separar a estos modestos gladiadores, esclavos de un amor; Y un contexto lejano, que tuvo una injerencia directa. Un grupo de neo-nazis que empieza a alentar la pelea entre insultos y deseos de muerte, matensé negros de mierda, y por orgullo los puteamos un poco.
La reacción fue asimétrica e inesperada: emergieron borceguís, tachas y calvicies de un ligustro y a los pocos segundos había una guarnición de alrededor de diez mentecatos en formación militar frente a nosotrxs.
Uno de ellos gritó “Angriff, ihr schönen bastarde!” o algo así y vimos despegar un misil de cascote hacia nuestro territorio, que aterrizó frente a mis pies.
La ira, la impotencia, la impericia me llevó a levantarlo y devolver el ataque, reducido ya el volumen del proyectil y reducida la cantidad de soldados de mi tropa, ya que todos excepto la Vito, habían corrido, olvidando sus riñas.
La pequeña cuadrilla de nuestras filas, es decir Vito y yo, tratamos de resistir. En segundos vimos venir la estampida de imbéciles, corriendo hacia nosotros. Patadas, piñas, cinematográficas nociones de artes marciales no sirvieron para evitar, entre todos los golpes que recibíamos, el brazo que se dirige a toda velocidad sosteniendo un cascote hacia mi parietal izquierdo.

El cascote impacta, sí.
Veo luces. Veo fosfenos. Siento olor metálico. Veo a la hueste de descerebrados que no pueden creer que yo siga de pie.
Se asustan y rajan. Se asustan pero no de mi resistencia inesperada (incluso para mí), sino de la cantidad de sangre que emerge por debajo de mi sombrero. Tiemblo.
Río y tiemblo. Empiezan a aparecer los crotos por entre las palmeras: La Vito está bien, todos bien. Luisito que me había hecho bullying desde siempre se ve avergonzado. Todos me rodean, quieren llevarme al hospital. Termino entre vendajes improvisados y falopa, para no dormir por la contusión. Termino la noche habiendo conseguido un nuevo respeto fútil e infantil hacia mí, de parte de algunos crotos, un respeto que cualquiera merece sin necesidad de que le rompan la cabeza. Decido que es hora de volver.

Pos Data:
Los días posteriores a esa noche son laxos. Me recuperé de a poco y empezamos a juntar plata para la vuelta. Hacemos unos mangos y unos días después vamos a un recital de La Renga. Yo me quedo afuera, no tenía ganas de entrar. Unas horas antes lo veo a Luisito totalmente alcoholizado

desmayarse frente a mis ojos. Pobre Luisito, una vez lloró porque quería una amistad pero se la pasaba hostilizando a cualquiera que le muestre cariño. Así se odiaba. Fuera del recital banco con las mochilas a Manolo, que después también iba a mar del plata, y veo lo de siempre, represión, milicos a caballo hostigando pibxs.
Apalabramos a alguna camioneta para ir a buenos aires pero no, tenemos que ir en tren, de ahí a mar del plata: nos bajan del tren por no pagar, nos trae una conocida que pasaba por ahí.
Retomo de a poco las actividades de siempre, consigo laburo en la feria y después con mi viejo.
Ese verano lo cruzo a manolo dos veces: una para tomar birra y seguir soñando a lo lejos sobre viajar indefinidamente y formar parte de un circo. La última vez que lo vi, me preguntó si iba a arrancar cuando termine el verano.
Yo había envejecido, pulía anillos, andaba en camioneta, me preparaba para el otoño de mar del plata.
Y las noticias fueron llegando de a poco.
Al Pata le disparó la policía. Un conocido del Manolo que le había robado la rutina de malabares (la reconocí cuando lo vi al tipo en un semáforo y le pregunté por él) me contó que andaba por Colombia.

En un viaje posterior y hermoso junto a mi amor Marina, en bici a Rosario, me enteré que Alfonsina falleció en un accidente. En vano busqué al Canalla, al Luminoso, sólo pude verlo a Baglietto y al Guernica, también más viejos.
Escribo esto una década después.
Espero que les llegue mi abrazo a quienes que me abrieron las puertas de sus casas, y a quienes me abrieron las puertas de la calle.

Pater noster

Bienvenidos. Por favor acepten mi cordial invitación a dar un paseo mental sobre un ejercicio literario. Imaginemos una joven pareja, ella estudia y trabaja, él también estudia y sigue en el negocio del padre. La vida los llevó por los mismos ámbitos, las mismas materias, un cruce en la fotocopiadora de “la facu” que gestionan añejados troskistas o como se llamen, una noche en alguna casa después de una agitada tarde de vida académica, la risa al escuchar Vilma Palma, en fin: un camino directo, como tantos otros, a Roma, en este caso una figura literaria para representar un romance.
Tenga a bien imaginar, una de esas parejas que recién comienzan, medrosas de sacrificar los límites de su rutina y economía personal en pos de una entidad mayor, por lo cual mantienen una relación algo espaciada en el tiempo pero con el potencial necesario para ser duradera.
Dejemos volar un poco más la imaginación y tornemos dramática la previamente desenfadada pareja. La chica comienza a sentirse distinta, algo en los olores, en las comidas y en su estado de ánimo en general, nos va dando la pista a nosotros antes que a ella. Semanas más tarde no menstrúa y

compra un test, que sí, que da positivo. Una visita a la ginecóloga lo confirma.
La vemos preocupada, incierta. Espera una visita a su pareja para darle la noticia, con el plastiquito absurdo en su mano. Momento de reflexión, decisiones, confusión. Buen momento para estar acompañada por el otro artífice de la situación, éste muchacho con greñas y collar de macramé, que ahora llega a la casa de ella y nota algo, el rostro expectante de Clara (digamos que se llama Clara) y el plastiquito absurdo en la mano.
Acá es donde Adrián (pongamoslé así al personaje) separa las aguas de la moral como un Moisés clase 86'. Ella quiere tenerlo, pero él… no dice nada. No se opone al nacimiento, no, recibe la noticia con algo de malhumor que lo oculta detrás de un falso anonadamiento. Pasan la noche, ella se abre de corazón más aún que su cuerpo, se permite abandonarse al sueño pesado que dura varias horas, sólo para levantarse solitaria en la cama. Adrián no está, sus pequeñas pertenencias y mochila piltrafa no están. Le dejó una carta de despedida digna de un secretario de concejal. Clara solloza, pero por dentro sabía que algo no le terminaba de cerrar, algo sutil en sus ojos, en la forma de apretar los labios… algo en su rostro gritaba "soy un gil".

Nuestro relato imaginario continúa con un Adrián que fríamente deja de lado a Clara, ignorando las necesidades de una mujer embarazada y las posteriores de un niño babeante que crece y pide y reclama su lugar en este mundo, en el pequeño mundo imaginario de Clara, Adrián y el plastiquito absurdo que fue la primer alarma, la primer señal.
Yo quería reflexionar sobre la irresponsabilidad de ése muchacho, su frialdad, sus pasos en la ignominia y ser el héroe literario de la tarde en la que usted me lee.
Sin embargo yo también soy como Adrián, soy un gil que debe abandonar este relato, y a quienes en él habitan.

Soltar la mariposa

Todo era ocre en aquellos años, los plásticos traslúcidos sobre todo, y tenía todo un aroma como de recién pintado, de recién cocinado por una madre cansada.
Recuerdo las luces naranjas de tungsteno y los largos recorridos por las avenidas de la ciudad, los noventa con su ruido, su promesa, la ciencia al servicio del hombre cumpliendo la recomendación bíblica de ser señores y señoras sobre la Naturaleza y cuanta carne y materia anduviera por el mundo. No terminábamos de hacer andar la videocasetera que llegaron los devedés, lo mismo con la música, antes de los cd's teníamos las canciones con las puntas cortadas como por una tijera de primaria, con un locutor exagerado sobre el tema de moda que aprendimos a querer y bailar en el comedor de la casa gracias a los cassettes vírgenes, grabados mil veces, cinta scotch en los agujeritos cuadrados. Éramos chicos y chicas, ignorantes del vómito industrial hacia la atmósfera, de los saqueos internacionales, del rastro de hollín que iba dejando esa marcha hacia el supuesto progreso tecnológico. Todo era posible en aquellos años, una patineta voladora, hologramas, el amor de una infancia o adolescencia poblada de palabras en inglés, cuando

los alumnos y alumnas íbamos al baile de la escuela con hamburguesas en el patio y el perfume de la lejana cabellera de Lorena o Micaela que bailaban los lentos con más pena que gloria.
El viento del verano arrimaba primos y aroma de tilos, y la familia se preparaba y crecía para las navidades con su correspondiente pirotecnia y la parentela ocupada hasta las diez, mas o menos, cuando dejábamos pasear la vista y el olfato sobre la abundancia de la mesa.
Agotadas las reservas de manjares, entre nueces y mantecoles más acorde a climas foráneos que al calor del hemisferio sur, los niños esperábamos las doce y el grito (dulce ésta vez) de nuestra madre: “Papá Noel, llegó Papá Noel”.
Todo era dulce y triste.
Mi viejo cansado durmiendo la siesta para recuperar las horas de la madrugada con el pan, mi vieja y los fantasmas de su poliomielitis. Y el mundo que marchaba derecho y decidido a aleccionarme con los primeros desengaños, los primeros dolores. La familia que no era tan funcional, hermanos y hermanas que crecían, al final, para qué los juguetes y el chavo, Doug, el Sega, para qué tomar la leche si todos crecíamos y mis manos y mi espalda cada vez más grandes. A quién se le ocurrió la gloriosa idea de crecer. Todos

lejos, al final, y uno creciendo entre pasto, niño que fumaba y bebía.
Y así uno aprende o cree que aprende, a buscar la felicidad entre las grietas de la vida. A hacerse un personaje para mantener intacto el centro, a vagar con una mariposa en la mano para mostrársela al primero o la primera que se interesara un poco, a tratar de demostrar que sí, que uno valía, que uno sabía.
Todo era posible, casi todo era dulce, pero el destino tenía una forma exacta e ineludible, donde también la tristeza, también la pobreza, todo era posible.
Acá estamos ahora, en las márgenes de la historia preguntándonos qué pudo haber sido de nosotros.
Y tratando de entender lo que se es. Lo que soy.
Lo que quedó de la experiencia, de la infancia apurada y la militancia ensordecedora, el escabio prematuro, las drogas porque sí, tanto libro y papel y lápiz.
Lo que uno fue eligiendo, el amor.
Lo que la vida nos regaló: unos hijos para los cuales cualquier adjetivo queda corto.
Todo era ocre en aquellos años, y dulce y triste y posible.
Pero hoy todo brilla, con el resplandor perpetuo del amor que nos nace.

Las Bicis

Su historia se diluye como todas las cosas que son algo cotidiano pero también eterno. Aunque haya miles, un sólo espíritu habitan o las habita. Hijas de la inteligencia y un poco también de la pereza, siembran de a poco una anarquía
tranquila y silenciosa como ellas.
De noche su susurro me ha acompañado y sobre alguna de ellas he sentido el roce de la libertad en el rostro o en mis piernas.
Sé de algunos que van en sus tristes jaulas con motor: nosotros vamos flotando despacio.
Sobre la tierra soy torpe; sobre su delicada magia soy otra cosa: me despojo de la cárcel de materia, sé volar, sé del equilibrio y la inercia y la matemática, porque no me vengan a decir que es otra cosa, no me vengan a decir que éste ser que me lleva no está hecho de energía mágica u onírica, poblada de aventuras, de viajes, de miedos, como la noche sin luna que me llevó hasta una fiesta en los confines de la sierra, como la vez que nos llevó a otra provincia a mi y a mi compañera, como cada noche que me llevaba por su cuenta hasta mi casa.
Cómplice del furtivo viaje al kiosco en horario laboral o de los amantes que se acarician en el avance cadencioso bajo las luces naranjas de una

calle con árboles, gala del paseo dominguero del humilde, vehículo individual en el que entra más de una persona.
Da todo y no pide nada: ni combustible, ni impuestos, ni patentes. Alejada de los satélites y los radares; sinónimo de independencia, de felicidad, de confianza.
No sé como alabarte, oh bicicleta, simplemente te agradezco.

Identidad 1

"Hoy cualquiera puede morir
Sin saber como fue vivir
Yo sólo espero sin dormirme
Estar tan lejos,
lejos de esa ignorancia."
-Gustavo Fabián Nápoli

Yo no soy quien esperan que sea.
Toda la vida fui metido en un molde cómodo para el resto;
para mi familia: el vago,
para la maestra: el "qué lástima pero no",
para los amigos: el talento desperdiciado, la inteligencia desaprovechada,
para los no tan amigos: el potencial que no fue, el dale que se puede.
Yo en ese molde no entro.

Yo no soy quien esperan que sea.
Me cansé de hacerlos reír para no hablar del laberinto en el que habito,
Me cansé de no tener palabras (hasta hace poco) para explicar lo que me pasa.
Me cansé de socializar amablemente mientras me tiran palabras como bolitas de papel y saliva.

Me cansé de una sociedad que mide los logros en plata,
Me cansé de la mirada capacitista, capitalista.

Yo no soy quien esperan que sea:
ni el vago, ni el bohemio, ni el ignorante, ni el inteligente, ni el potencial.
Lo que me pasa tiene nombre y ahora lo sé.
Tu éxito no es como el mío.

Yo viví cientos de vidas en ésta media vida que tuve.

Fui croto y niño rico, hijo de patrón y mulo, aventurero y conservador.
Yo no soy ni esta carne ni estos huesos ni esta cicatriz ni el dolor ni una infancia inentendible una adolescencia sucia de tinta y ceniza y abandono ni el amor tardío ni los libros ajenos de borges y cortázar ni la banda de covers ni los viajes ni la música ni nada.
No sé lo que soy pero sé que no soy como vos.

Yo no soy quien esperan que sea.
Yo soy yo y mi trastorno de déficit de atención.
No me corresponde a mi contarte lo que es eso.
Todavía lo estoy entendiendo.

Sólo te digo que aunque me cuesten algunas cosas
soy feliz.
Estoy con Marina. Soy con Marina.
Tengo dos hijos que me dan besitos cuando me ven
y se ponen contentos cuando llego.
¿Qué más puedo pedir?

Habla Pandora

"Son tan tontos que ni siquiera se dan cuenta. Dicen que de la caja que distraídamente abrí, escaparon todos los males, y que desde entonces andan por el mundo. Dicen que en el fondo de la caja quedó la esperanza y que ella, ahí guardada, perdura en el corazón de los hombres. No se dan cuenta, idiotas. Nublado corazón, razón nublada. Si tienen esperanza es porque sí salió de la caja. Todo lo demás venía con ustedes: las guerras, la opresión, el hambre. Eso ya habitaba en el la caja más pútrida, el pecho de los hombres y mujeres de éste mundo. El único mal que escapó de la caja vacía fue la esperanza, que los obliga a esperar algo que no llega, que no pueden tener porque sus propios corazones lo rechazan, cómodos y fétidos entre los detritos de su propia maldad. Esa ha sido la venganza de los dioses. No nos alcanzó con las tripas de Prometeo. También tuvimos que roer sus almas, y alimentarlas con la Esperanza, que los mantiene reproduciéndose a través de los tiempos, tristes y tontos y anhelantes."

La lengua del perro

Hoy 29 de Junio de 2022 se me fue al cielo mi fiel amigo Gutiérrez, un perro bueno como pocos, mejor persona que muchos. Pasamos más de una década juntos, con algunas separaciones por fuerza mayor. En estas me ayudaron familiares de ésos que uno considera "pulenta", a quienes les agradezco.
Gutiérrez era un tipo confiable con pocas debilidades conocidas, pocas flaquezas, pero la vida es así y todos erramos, humanos y caninos por igual.
Una época reprochable pero harto justificada de locuras de juventud del "Guti", viviendo en la Patagonia, lo llevó a buscar aventuras diurnas y a veces, nocturnas, por los patios de otras casas, verdaderos tugurios donde no faltaban los vicios: el intoxicante olor de traseros ajenos, la innecesaria pero inevitable urgencia de cavar un pocito o el simple placer de ladrar y ladrar y ladrar junto a trecientos mil perros más.
Era temporada de chaquetas amarillas, que son unas avispas agresivas y ponzoñosas que comen carne cruda, pican y muerden y cuando se van después de haberte dejado ardiendo te dan una cachetada en el cogote con las manitos.

Yo estaba en la puerta de casa y veo entrar a Gutiérrez.
Venía con el rabo entre las patas y de su boca entreabierta salía una lengua morada, hinchadísima, evidencia de algún problema de salud grave.
Pobre bicho, pensé, lo habrá picado una avispa.
Me asusté al verlo pensando que sería una reacción alérgica, llamé a Marina, y cuando vamos a empezar a atenderlo, la lengua, esa lengua negra y grande como una berenjena, se desprende de su boca y cae al suelo.
El terror.
Gritos de terror que se transforman en risas al darnos cuenta que era una lengua de vaca, cuyo paradero, más tarde, buscaba nuestro vecino Américo, entre reniegos en dialecto patagónico que dejaban inteligir cada tanto algún "chucha" o "la weá".
Las salidas furtivas cesaron el día que volvió a casa con un chichón en la cabeza de vaya a saber qué fechoría frustrada. Pero por discreción no le pregunté nada ni tampoco el Guti me contó.

Elegía a Ioshua

Hoy
diez años más tarde
me llega la noticia
de la muerte rutinaria
que te alcanzó
        finalmente
Después de años
de sufrir,
dormís suavemente
abrazando con dulzura
al niño que fuiste
que por suerte
no agarró la soga
ni el bisturí
decidido a buscar el amor
entre el barrio y el arte
entre la impureza del arte
que no se deja abrir del todo.
¿Habrás encontrado el amor?
¿Con la columna rota y erguido?
¿Con la garganta rota explotando?
¿Entre las sábanas prohibidas
de un mundo maldito?
Te llegó la muerte
como un bálsamo.

Hoy lamento
la muerte de un poeta
el desamor

la busca
la infancia rota
la pobreza
la yuta
todo lo que te pasó, Ioshua
pero celebro
que hayas vivido
que el niño que fuiste
no agarró la soga
ni el bisturí
          sino la palabra.

Traducción de "Mi corazón de terracota" de Blur.

Y las brillantes rayas que atrapamos en verano
Parecían un soplo de aire fresco, allá por el verano
Cuando eramos más como hermanos; pero eso fue hace años,
así que si no parece un protocolo...
Me estoy quedando sin corazón hoy,
me estoy quedando sin un camino abierto hasta vos
Y sé que estás exteriorizando, y que estás aturdida
¿Hay algo roto adentro tuyo?
Porque en este momento estoy confundido
sintiendo que no sé
si te estoy perdiendo otra vez...

Y cuando volemos mañana
sobre los mares de Java
mis mapas de pibe
van a estar ahí conmigo
Porque me hacen acordar
de un día que nadé demasiado lejos
Y ya no había coral
pero igual no me importó

Me estaba quedando sin corazón ese día
me estaba quedando sin un camino abierto hasta vos

Y sé que yo estaba
exteriorizando, estaba aturdido
Hay algo roto adentro mío?
Porque en este momento estoy confundido
sintiendo que no sé
si te estoy perdiendo otra vez
Me estoy quedando sin corazón, acá,
apenas aguantando la duda constante en mi cabeza
pero no sé lo que es
Estoy sudando las toxinas
Se está rompiendo mi corazón de terracota?
No sé
si te estoy perdiendo otra vez
si te estoy perdiendo otra vez